

TRIBUNA DE LA VANGUARDIA

QUIEN Y QUIEN HIJOS SIN HOGAR LEGAL

El problema de los niños abandonados, llevándolo a su verdadero origen, radica en muchos casos, si no en todos, en el rigor de la legislación actual. Por defender la intangibilidad del hogar formado conforme a la ley se ha dejado al niño sin padres conocidos, de padres no unidos legalmente, en el más absoluto desamparo, a cargo de la sociedad, con todos los peligros que para estas tiernas vidas sin asidero representa. Para el futuro del niño y el futuro de la misma sociedad, que en estos casos de niños fuera de matrimonio no encuentra cómo ampararlos, salvo en los asilos u orfanatos que distan tanto de lo que es un hogar. Y al margen de esta situación desigual para el niño sin padres, comparándola con la suerte de los nacidos en sus hogares, el margen de esta situación social está el padre, o los padres irresponsables, a quienes, por mantener la santidad e integridad de la familia, no hay ley que les obligue a dar a aquellos hijos de su carne los medios necesarios para vivir y formarse.

Y conste que no son casos excepcionales. Por el contrario, hay muchos países en los que es moneda corriente el hijo fuera de matrimonio, como se le llama ahora al que antes, despreciativamente, llamaban bastardo. La no legalización de las uniones,

algunas veces por incuria de los padres, otras por las dificultades que implica el matrimonio, nacen y nacen niños que después los mismos padres abandonan, y aumenta de día en día el número de los niños sin hogar, de los chicos dejados a su suerte.

En muchas partes, previendo esta situación, se ha creado el Consejo Nacional del Menor, con el propósito inmediato de estudiar las reformas que deben introducirse en nuestras legislaciones para la defensa de los niños que aparecen en condición de huérfanos, teniendo sus padres, bien que éstos son absolutamente irresponsables. Este organismo, además, con apoyo en las autoridades, exigirá el cumplimiento de las obligaciones paternales a quienes deban cumplirlas.

Los niños sin hogar legal, sin padres conocidos, crean uno de los más arduos problemas en el mundo actual, ora sea porque desde su más tierna edad se les explote obligándolos a trabajar, sin pagarles algunas veces, o porque caigan en manos de pandillas perversas y perversificadoras de menores que los transforman en adictos a las drogas.

Esta situación es, sin duda, la que mueve en la actualidad

a los organismos estatales a tratar de superar una legislación arcaica en busca de soluciones que obliguen a los padres con hijos fuera de matrimonio a velar por éstos, a sufragar los gastos de su educación y a no olvidarse de ellos. No se puede ser muy optimista en cuanto a una solución inmediata del problema, pero la reforma de las leyes tendrá que ser la base para establecer claramente la responsabilidad de los «hacedores de hijos».

No es un problema de hoy, lo sabemos. Siempre han existido los hijos que antes se llamaban, y en algunas partes todavía se les llama, «ilegítimos», o «naturales», lo que tiene gracia, porque parece que éstos fueran los verdaderos productos de naturaleza, y no los legítimos que habría entonces que llamar hijos «no naturales». Siempre ha existido el problema, decíamos, pero es ahora cuando acabando con trasnochados conceptos se le busca una solución adecuada. Basta ya de sacrificar al niño a la moral de la sinvergüencería.

Miguel Angel ASTURIAS
Premio Nobel

LA SUPRESION DE LAS GRASAS PESOS Y MEDIDAS

RECUERDO un viejo papel de Gilbert K. Chesterton, bastante jovial como la mayoría de los suyos, que trataba de la obesidad. Chesterton era gordo, considerablemente gordo, y se tomaba el asunto con notoria filosofía. Su enfoque tenía un punto de partida muy agudo: las personas barrigonas y mantecosas resultan cómicas, por definición. Cuando el escritor salía de paseo, los chicos del barrio se burlaban de su figura. «Es lógico», venía a decir: «sin ellos saberlo, los muchachos me comparan con el Apolo de Belvedere, y, claro está, han de reírse de mí». Más o menos. Y no estaba mal visto, en efecto. La referencia a la escultura antigua puede parecer un poco abusiva, pero se justifica en su alcance último. No hacía falta acudir a tal o cual Apolo, a tal o cual Venus, como ejemplares concretos, procedentes del repertorio clásico. En el fondo, todos aceptamos como buena una imagen —indiscutiblemente «canónica», por lo demás— del cuerpo humano, a la que conferimos el grado implícito de lo «normal». Los chavales de la anécdota chestertoniana se guiaban por su instinto. Un tipo amondongado contradice el esquema: es —pongamos la palabra exacta— «antiestético». Y ahí empieza el problema. El módulo generalmente admitido podrá oscilar entre la Venus de Milo y la Claudia Cardinale o cualquier otra señorita cinematográfica más bien esbelta: no cabe duda de que, siempre, se descartan las hipótesis onduladas.

Y si la risa anda de por medio es porque, de algún modo, se cree que la gordura es voluntaria. Hay muchas más malformaciones físicas, y peores: abrumados retorcimientos del sistema óseo, nada «apolíneos». Pero o son de nacimiento, o de accidente, y en todo caso, suelen provocar compasión. Quizás en algún momento de crueldad irracional se desencadena la mofa a su costa. No es lo mismo, sin embargo. La gente ve en el gordo al comilón desahogado, y a menudo, esa abundancia de carnes presuntamente originada en el banquete cotidiano ha servido para identificar al gordo con el rico. Una caricatura del burgués implica, por la fatal necesidad del mito, grandes barrigas y papadas espectaculares. El problema de la «renta de grasa per cápita» merecería atención por parte de

los magos de la estadística. ¿Cómo está distribuida la adiposidad en nuestras sociedades? ¿Qué relación tiene con las escalas de ingresos, con las clases, con las profesiones? ¿La delgadez responde automáticamente a la subalimentación, o también entran en su área las dispepsias crónicas, incluyendo las de las familias acomodadas? Etcétera... Sea como fuere, una señora o un caballero gloriosamente rollizos dan la inevitable impresión de gozar de una vida regada, con buena pitanza, tranquilidad de ánimo y escasos ejercicios violentos relacionados con la obtención del jornal. Esta circunstancia ha producido no pocos equívocos, de orden ideológico y fisiológico, que sólo ahora comienzan a diluirse.

Durante siglos, el vecindario aspiró a engordar. Hablo en términos vagos, pero de irrefutable evidencia. Flaco era quien no comía bastante. Por consiguiente, la salud y el «status» social, para alcanzar un mero grado de medianía, tenían que reflejarse en la corpulencia del individuo. Las madres lactantes procuraban que sus bebés mamasen hasta la hartura y un poco más, para poder confiar en su simpática entidad reproductiva. Criar un hijo consiste en cebarle. Los desgastes de la adolescencia y de la juventud, y —supongo— las leyes propias del desarrollo orgánico, hacían de freno: en tales años se reclutaban los apolos y las venus. Más tarde, el abdomen se desbochaba. Apaciguadas las pasiones y mediando alimentos fáciles, los ciudadanos echaban vientre. Eso, en francés, se llamaba «embonpoint». «Prendre de l'embonpoint» significaba ingresar en la categoría casi senatorial de la sensatez y el decoro. En castellano, la fórmula era: «la curva de la felicidad». Las damas empleaban corsés con varillas para reprimir un tanto el énfasis de su bulto, y tampoco fueron escasos los hombres que se ponían fajá. El criterio generalizado, sin embargo, estaba a favor del tomo y el lomo. Nadie le hacía ascos a la obesidad. O casi nadie. Las excepciones surgían por el lado de la coquetería.

Cuando los médicos dieron la voz de alarma, la primera reacción fue de incredulidad. Pero prosperó la aprensión, a la larga. No es bueno estar gordo: técnicamente, no es nada bueno.

Una serie de molestias, de enfermedades, incluso de riesgos mortales, pueden ser eludidos con la precaución de no engordar. De pronto, se ha planteado la obsesión del «adelgazamiento». Saunas y píldoras, dietas y gimnasias, jabones y deportes, se combinan en una vasta cruzada contra el sebo humano. Paradójicamente, ahora son los ricos quienes se esmeran en no hincharse. Un gordo, hoy, si no es un gordo estrictamente patológico, suele proceder de las capas «mal alimentadas» de la sociedad. Y por «mal alimentado», a estas alturas, ha de entenderse, no «el que come poco», sino, sobre todo, «el que come lo que no debería comer». Los pobres consumen féculas y grasas baratas, y cosas así. Y tienden a engordar: involuntariamente, bien mirado. Pero, en definitiva, un régimen de equilibrio salubre pide muchos duros: verduritas selectas, jugar al golf, respirar aire puro, taja-das sin envidia, medicinas refinadas. La idea de que para «adelgazar» baste el entusiasmo ayunador es una pura ilusión del espíritu: entre otras razones porque ese entusiasmo, típico de anacoretas y faquires, no está al alcance de todos los vecinos. Privarse de comer, cuando es posible comer, constituye un sacrificio penoso. Y da la casualidad de que las viandas más apetecibles son precisamente las desaconsejables...

Ya no es sólo la coquetería —la «estética»— lo que influye en la manobra. También la salud. ¿La salud más que nada? Tal vez sí, tal vez no. El terreno de las «motivaciones» no es demasiado susceptible de análisis «cuantificadores» —los pobres sociólogos tropiezan siempre con esta piedra, y por eso, con frecuencia, sus conclusiones rozan la bella estridencia de la poesía lírica—: nunca se sabe. No hay más remedio que opinar a ojo de buen cubero. ¿Más la salud que la coquetería, o viceversa? Eclectico como soy —por temperamento, más que por convicción—, me inclinaría a decir que «mitad y mitad». La población urbana de la zona neocapitalista ha tomado muy en serio su «salud»: los progresos de la terapéutica, la mitología de la higiene y los tinglados de los «seguros» y las «mutuas», hacen que la gente se despepte por no morirle antes de tiempo. Es una novedad «histórica». Nunca hubo menos resignación, ni

más esperanza. Esperanza de vivir, por supuesto. Y de vivir por vivir: sin derivaciones epicúreas, hedonistas ni nada de eso. Ir tirando, simplemente. La obesidad es una amenaza, y se impone esquivarla. Las personas magras, bien nutridas, atléticamente ejercitadas, con oportunas asesorías clínicas, pueden durar mucho. De momento, duran. Si no se interfiere el cáncer, por ejemplo. O un trompazo en la carretera. La noción de «salud» decide mucho. No todo. Porque sigue en pie el otro estímulo: el del figurín. La «figura» depende del «figurín», en el clima de nuestras recientes rutinas: se renueva la sugestión del apolo, de la venus —por decirlo todavía con reminiscencias clásicas.

Mantener o conservar la «línea», dicen. ¿Y qué es esa «línea», sino una fosforescente suposición de juventud, cuando la real juventud quedó muy atrás? De los residuos mitológicos anteriores perdura la sospecha de que el gordo es el «viejo»: engordar era envejecer, y la «curva de la felicidad» empezaba justo en el instante en que las eforias genitales cedían. Lo que no implica una abdicación total. Por el contrario: queda la tozuda, admirable fantasmagoría de una post-juventud impertérritamente joven. Los cosméticos y la farmacopea ayudan a preservar la expectativa. Y la supresión de las grasas entre los músculos y las vísceras... Cada día habrá menos gordos, menos gordas. No por la «salud»; por la «coquetería». Los cuerpos espigados y gráciles siempre resultan más poéticos. Más apetecibles, a veces. Un exceso de quilos —abollado, sudoroso— se presta todavía a la hilaridad... Tradicionalmente, los gordos gozaron de la fama de ser bienhumorados, o sea, de que aceptaban la broma con afables sonrisas. Éso se acabó. Los últimos gordos del sistema son sarcásticos, malévolos y tristes, o, eventualmente, de un estoicismo irónico. De cualquier modo, cada día hay menos gordos. La especie se encuentra con esta extraña novedad... Y que sea para bien.

Joan FUSTER

todas las comodidades del "apres-ski" ¡BAJO UN MISMO TECHO!



le ofrecemos los servicios de un hotel con la independencia de un apartamento

- 100 APARTAMENTOS
- ESCUELA DE SKI
- PARKING CUBIERTO
- SUPERMERCADO
- SNACK-BAR
- TABERNA TIPICA
- SELF-SERVICE
- BOITE
- SALA DE JUEGOS
- MATERIAL DEPORTIVO
- PELUQUERIA
- FARMACIA

COMPLEJO PIRINEOS

JUNTO AL TELESILLA CANDANCHU (HUESCA)

COMPLEJO PIRINEOS CANDANCHU (HUESCA)

RUEGO ME INFORMEN SOBRE EL ALQUILER DE APARTAMENTOS

NOMBRE _____

CALLE _____

TELEFONO _____

POBLACION _____

PROVINCIA _____

DESCANSE MEJOR EN FLEX

colchón canapé FLEX multiElastic

DESCANSO TOTAL

CAMAS MESILLAS PLEGABLES MUEBLES Y SOFAS CAMA

ELECTRO PARLONET Balmes, 2




Pº. De Gracia, 58 V. Layetana, 21